

¿Un Papa antisemita?

Â Aunque su biografÃ-a oficial dice que naciÃ³ en 1927, Ratzinger, el actual papa Benedicto XVI,Â falsificÃ³ su fecha de nacimiento para encubrir su afiliaciÃ³n a las Juventudes hitlerianas en 1931.Â Si fuera cierto que naciÃ³ en 1927, eso significa que cuando fue detenido por las tropas aliadas en mayo de 1945, tenÃ-a 17 aÃ±os y llevaba ya 6 aÃ±os combatiendo en el EjÃ©rcito hitleriano, o sea que fue reclutado con 11 aÃ±os, lo cual es absurdo.Â Tampoco es cierto que le afiliaron a la fuerza a las Juventudes hitlerianas sino que ingresÃ³ voluntariamente porque en 1931 los nazis aÃºn no estaban en el poder. La afiliaciÃ³n forzosa llegÃ³ despuÃ©s.Â Otra mentira del Vaticano: que desertÃ³ de la Wehrmacht... Nada de esto puede extraÃ±ar porque los antecedentes nazis de los papas son evidentes. El caso de PÃ- o XII sÃ³lo fue el mÃ¡s escandaloso porque le tocÃ³ reinar en plena II Guerra Mundial.Â PÃ- o XII

Â Desde la primavera de 1917, Eugenio Pacelli, luego conocido por el seudÃ³nimo de Pio XII, fue nuncio papal o embajador del Vaticano en Alemania. Su obsesiÃ³n era el comunismo y por eso, mÃ¡s que cualquier otro, ayudÃ³ a Hitler a llegar al poder en 1933. Los catÃ³licos disponÃ-an en la Alemania de entonces de uno de los partidos burgueses mÃ¡s fuertes, el Zentrum, que contribuyÃ³ a abrir el camino hacia el gobierno a los nazis. Precisamente Pacelli fue enviado como nuncio a Alemania a peticiÃ³n de Erzberger, jefe del Partido catÃ³lico Zentrum.Â SegÃºn sus propias palabras, era abiertamente antisemita. HabÃ-a llegado al Vaticano en 1901, a la edad de 24 aÃ±os, reclutado para especializarse en cuestiones internacionales. Era conocido en los pasillos del Vaticano como El Tedesco (El AlemÃ¡n) y tras la I Guerra Mundial, a la edad de 41 aÃ±os, ya arzobispo, Pacelli partiÃ³ hacia Munich como nuncio papal.Â A partir de entonces, el Reich garantizÃ³ su carrera apostÃ³lica. En una Baviera cuya tradiciones antisemitas eran tan virulentas como las de Austria, de la que habÃ-a formado parte hasta principios del siglo XIX, Pacelli se rodeÃ³ de una camarilla de extrema derecha que lo siguiÃ³ durante toda su vida. El nuncio, como todo el clero bÃ¡varo que se encontraba bajo sus Ã³rdenes, estuvo ligado desde principios de los aÃ±os 20 a los grupÃ³sculos de extrema derecha que abundaban en Baviera. Se reunÃ-a frecuentemente con Ludendorff, Ã-ntimo de Hitler, en aquel nido de los terroristas del Reich, que se refugiaban allÃ- con la complicidad del poder central de BerlÃ-n despuÃ©s de cometer sus crÃ-menes.Â RecorriÃ³ Alemania, destruida por la guerra. PresenciÃ³ la revoluciÃ³n proletaria en Munich en 1918. En una carta a Gasparri, Pacelli describiÃ³ asÃ- los acontecimientos: Un ejÃ©rcito de trabajadores corrÃ-a de un lado a otro, dÃ¡ndo Ã³rdenes, y en el medio, una pandilla de mujeres jÃ³venes, de dudosa apariencia, judÃ-as como todos los demÃ¡s, daba vueltas por las salas con sonrisas provocativas, degradantes y sugestivas. La jefa de esa pandilla de mujeres era la amante de Levien [dirigente obrero de Munich], una jÃ³ven mujer rusa, judÃ-a y divorciada [...] Este Levien es un hombre jÃ³ven, de unos 30 Ã³ 35 aÃ±os, tambiÃ©n ruso y judÃ-o. PÃ¡lido, sucio, con ojos vacÃ-os, voz ronca, vulgar, repulsivo, con una cara a la vez inteligente y taimada.Â Hitler, que habÃ-a logrado su primer gran triunfo en las elecciones de 1930, necesitaba un acuerdo con el Vaticano. Tras su ascenso al poder en enero de 1933, dio prioridad a su negociaciÃ³n con Pacelli y pocos meses despuÃ©s se firmÃ³ el concordato. Una de sus clÃ¡usulas secretas (la otra apuntaba a la organizaciÃ³n de la Iglesia catÃ³lica dentro del ejÃ©rcito alemÃ¡n, en aquel entonces en proceso de formaciÃ³n clandestina) estipulaba que, cuando las tropas del Reich invadieran Ucrania, los clÃ©rigos germanos, adeptos todos de un antisemitismo tan visceral como su antibolchevismo, convertirÃ-an ese gran territorio ortodoxo al catolicismo.Â El concordato dio al FÃ¼hrer gran prestigio internacional en el preciso momento en que se convertÃ-a en la cabeza del Estado alemÃ¡n. A cambio, Pacelli colaborÃ³ en la retirada de los catÃ³licos de la actividad polÃ-tica y social para dejar las manos libres a los nazis.Â Â Â El 14 de julio de 1933, Hitler dijo a su gobierno que el concordato habÃ-a creado una atmÃ³sfera de confianza especialmente significativa en la lucha urgente contra el judaÃ-smo internacional. Aseguraba que la Iglesia CatÃ³lica le habÃ-a dado su bendiciÃ³n pÃºblica, dentro del paÃ-s y fuera de Ã©l. Goebbels y su equipo de propaganda lanzaron el mensaje a los cuatro vientos: la Santa Sede aprobaba la polÃ-tica nacional-socialista. El Concordato entre Hitler y el Vaticano creÃ³ un clima ideal para el exterminio de todos los antifascistas.Â Pacelli y el Vaticano nada dijeron de la quema del Reichstag, que imputaron falsamente a Dimitrov y a la III Internacional, y silenciaron la persecuciÃ³n de todos los antifascistas. A medida que las persecuciones crecÃ-an en Alemania, Pacelli no se quejÃ³ y las respaldÃ³ al afirmar que la criminal polÃ-tica del III Reich era un asunto interno de Alemania.Â La relaciÃ³n de los catÃ³licos -una minorÃ-a en Alemania- con los nazis no es que fuera buena: era Ã-ntima; cada 20 de abril, cumplÃ-aÃ±os de Hitler, el cardenal Bertram en BerlÃ-n enviaba sus mÃ¡s calurosas felicitaciones al FÃ¼hrer en nombre de los obispos y las diÃ³cesis de Alemania con las fervientes plegarias que los catÃ³licos de Alemania envÃ-an al cielo desde sus altares.Â Pacelli promovÃ³ la carrera eclesiÃ¡stica de los curas nazis de la Iglesia austriaca y alemana: el austriaco Hudal, rector del Instituto romano de la Anima, uno de los pilares del pangermanismo que se pasÃ³ de lleno al nazismo, campeÃ³n del Anschluss, nombrado obispo de Ela para festejar el advenimiento de Hitler, glorificÃ³ mediante la pluma -en 1936- la alianza entre la Iglesia y el nazismo y exaltÃ³ el antisemitismo. GrÃ¶ber, llamado el obispo pardo de Friburgo, era desde 1932 miembro activo de las SS y, a partir de 1933, fue encargado por Pacelli de misiones polÃ-ticas decisivas. En 1935 -el aÃ±o de las leyes de Nuremberg- publicÃ³ con el aval de Roma un manual de cuestiones religiosas que le convirtiÃ³ en campeÃ³n de la sangre y de la raza. DespuÃ©s de aÃ±os en el Germanicum de Roma, otro vivero del pangermanismo que se hizo nazi, Pacelli aupÃ³ al croata Stepinac al arzobispado de Zagreb en 1937: gobernador de Zagreb en 1939, donde garantizaba la influencia hitleriana, este arzobispo, antes de convertirse en el segundo personaje oficial de la Croacia independiente de Ante Pavelitch, anteriormente a la invasiÃ³n alemana del 6 de abril de 1941 contra Yugoslavia, encarnaba el antisemitismo financiado por el gobierno hitleriano.Â En enero de 1937, tres cardenales y dos obispos alemanes viajaron al Vaticano para protestar contra la persecuciÃ³n nazi de la Iglesia CatÃ³lica, a la que se le habÃ-a suprimido la actividad pÃºblica. Ellos ignoraban los acuerdos entre bastidores para sacar a los catÃ³licos de la vida polÃ-tica y dejar las manos libres a los nazis. PÃ- o XI lanzÃ³ entonces una encÃ-clica, escrita bajo la inspiraciÃ³n de Pacelli, ya secretario de Estado del Vaticano, donde no habÃ-a ninguna condena explÃ-cita de la represÃ³n, las persecuciones y el racismo.Â Tras la anexiÃ³n de Austria en 1938,

Hitler -austriaco de nacimiento- llegó a Viena, se entrevistó con el cardenal Innitzer quien pidió que se acogiera la anexión con buena voluntad, e incluyó, como le había pedido el Führer, que las organizaciones juveniles católicas se prepararan para incorporarse a las del III Reich. Pocos días después Innitzer encabezaba una declaración del episcopado austriaco en la que se daba la bienvenida y se ensalzaba al nacional-socialismo. En el verano de 1938, mientras agonizaba, Pío XII se preocupó de justificar el antisemitismo en Europa y encargó la redacción de otra encíclica dedicada al tema. El texto, que nunca vio la luz del día, se descubrió hace poco. Lo escribieron tres jesuitas, pero presumiblemente Pacelli estuvo a cargo del proyecto. Se iba a llamar *Humani Generis Unitas* (La unión de las razas humanas) y estaba llena de aquel racismo simplista que Pacelli había demostrado siempre en Alemania. Los judíos -dice el texto- eran responsables de su destino; dios los había elegido, pero ellos se negaron y mataron a Cristo y cegados por su sueño de triunfo mundial y éxito materialista se merecían la ruina material y espiritual que se habían echado sobre sí mismos. El documento además que no se podía defender a los judíos como exigen los principios de humanidad cristianos porque podía conllevar el riesgo inaceptable de caer en la trampa de la política secular. La encíclica llegó a Roma a finales de 1938 pero no se sabe por qué, no fue elevada a Pío XI. Pacelli, convertido en el papa Pío XII el 12 de marzo de 1939, ocultó el documento en los archivos secretos y les dijo a los cardenales alemanes que iba a mantener relaciones diplomáticas cordiales con Hitler. Estaba convencido de que los judíos se habían procurado su suerte: intervenir a su favor sólo podía llevar a la Iglesia católica hacia coaliciones con fuerzas hostiles al Vaticano. Lo mejor era seguir aliados al Eje fascista. Naturalmente, al papa Pío XII y a toda la Iglesia católica, la suerte de los comunistas y antifascistas les importaba un bledo, por más que les arrancasen el pellejo a tiras en los campos de concentración. Tras los antifascistas, las deportaciones a campos de exterminio siguieron, momento en el que Pío XII pudo mostrar todo su amor por el III Reich. En el excepcional puesto de observador mundial del Vaticano, fue puntualmente informado sobre las atrocidades alemanas desde los primeros días de la ocupación de Polonia y aplaudió las masacres del Eje: poblaciones atacadas, bombardeadas, polacos, judíos, serbios, checos, enfermos mentales alemanes asesinados ya antes del comienzo de la guerra. Pacelli defendió entonces las necesidades vitales del Reich, expresó transparente sobre los derechos del Reich a hacer cualquier cosa para alcanzar sus objetivos. Pacelli conocía bien los planes nazis para exterminar a los judíos de toda Europa. A lo largo de 1942, recibió información fiable sobre los detalles de la solución final provista por los británicos, franceses y norteamericanos en el Vaticano. El 17 de marzo de 1942, representantes de las organizaciones judías reunidos en Suiza le enviaron un memorando a través del nuncio papal en Berna, donde detallaban las violentas medidas antisemitas en Alemania y en los territorios ocupados. El informe fue excluido de los documentos de la época de la guerra que el Vaticano publicó entre 1965 y 1981. En septiembre de 1942 Roosevelt envió a su representante personal, Mylon Taylor, a que le pediera a Pacelli una declaración contra el exterminio de los judíos. El papa se negó a hablar porque debía estar por encima las partes beligerantes. El 24 de diciembre de 1942, finalmente, habló de aquellos cientos de miles que, sin culpa propia, a veces sólo por su nacionalidad o raza, reciben la marca de la muerte o la extinción gradual. Esa fue su denuncia pública más fuerte de un exterminio brutal. Durante toda la guerra guardó silencio y quien calla otorga. Pero cuando en 1943 empezaron a caer las primeras bombas en la misma Roma, Pío XII rompió su silencio y pensando en la seguridad y preservación del Vaticano, se apresuró a declarar a Roma ciudad santa. Para entonces ya habían muerto millones de personas, pero al papa no le importaba más que su Vaticano. Sus apariciones públicas se hicieron cada vez más frecuentes e, implorando al cielo, llamaba a la paz. Los paracaidistas de la Wehrmacht y la Gestapo cuidaron de que el Vaticano siguiera siendo un oasis en medio de la destrucción y la muerte de la guerra. Ellos hicieron de guardaespaldas de Pío XII. Delante de sus narices más de mil judíos romanos fueron deportados por los alemanes sin que se volviera a saber nada más de ellos. En una Italia sumida en el caos, con tres gobiernos paralelos, Roma había sido abandonada por los miembros del gobierno e incluso por el Rey. Mussolini gobernaba desde el norte en Saló, Badoglio y el Rey estaban en el sur en Bari con los aliados y el resto de Italia estaba conociendo el rigor de los nazis que trataban a los italianos como traidores. Roma que hasta 1943, había vivido la guerra en una isla, ahora padecía en carne propia el ruido de los aviones y el espantoso efecto de las bombas. Barrios enteros se transformaban en segundos en un cúmulo de desperdicios. Pío XII desde sus ventanas del Vaticano asistía junto a la curia y las monjas de servicio a algo que hasta entonces había sido impensable. Los aliados no respetaban a Roma, la ciudad milenaria y cuna de la cristiandad. Si no se paraban, el Vaticano también iba a ser víctima de las bombas aliadas o del saqueo nazi. Pero hay algo peor. Tras la guerra, Pío XII organizó con Montini -hombre de confianza a la vez de los alemanes y de los norteamericanos, luego Papa con el nombre de Pablo VI- y Hudal la red de salvamento para los criminales de guerra, las Rats Lines financiadas por Estados Unidos. Albergó en los palacios del Vaticano a ilustres criminales de guerra entre ellos ex-ministros de monseñor Tiso, como Karel Sidor, autor de la legislación antijudía de Eslovaquia. Durante la guerra fría, hasta que murió en 1958, el mandato de Pío XII se caracterizó por el respaldo fanático que dio a la Guerra Fría contra la URSS.